

# Igual que un Sueño

*José E. Cruz*

University at Albany

Este es un sueño muy peculiar pues todo lo que sucede en él es igualito a lo que pasa en la vida real.

Hace cinco minutos que leí esa oración en la historia de una escritora neoyorquina. Hace un minuto que escribo estas palabras en mi ordenador.

Ahora debo descansar, regresar a mi sueño para enterarme de lo que me ha sucedido en los últimos seis años.

Si uso un sueño como punto de partida es porque los hechos de ese período son muy dolorosos. El sueño, por el contrario, es como un colchón de pétalos.

Con el pasar de los años veo las cosas que me han pasado a través de una columna de niebla.

Ayer, por ejemplo, recordando la primera vez que vi a Maritza Quiara, en el año de 1973, confundí la memoria de su presencia con la entrada discreta de Cristina en mi salón de clases el día 28 de agosto del 2010.

En su apariencia, Maritza y Cristina no podrían ser más distintas que una sogá y una cabra. Sin embargo, al ver a Cristina quedé estupefacto pues pensé que estaba viendo a Maritza y su imagen me dejó trastornado.

Después de un largo rato mirando a Cristina de soslayo, como si no existiera, me di cuenta que estaba soñando y en el momento en que comprendí la estructura de mi percepción y el sentido de mi comportamiento, supe que las dos eran la misma persona, y que Cristina era no más que la encarnación curtida de Maritza, una versión añeja, con el pelo negro más largo, la nariz un poco más redonda, y el cuerpo menos firme pero igualmente torneado.

En ese principio radical, quedó impresa en mí la experiencia pasada como un comienzo inteligible, reconocible a simple vista, menos complejo y más fácil de entender.

Con ese sueño me quedó claro que, otra vez, estaba enamorado, que, de hecho, seguía enamorado y terminé la clase con una idea más clara de mi vida pasada y de lo que me esperaba en los años subsiguientes. Desde el momento en que subí los escalones del auditorio, de camino a mi siguiente clase, hasta el día de hoy, cuando me acuesto con los ojos abiertos y temblando, entiendo perfectamente lo que es el amor.

El sueño también me ayudó a recordar que aunque el amor siempre se acaba, no es fácil reconocer el momento en que el principio le da paso al final.

Mientras escribo, la vista se me escapa y recorro el comedor con un ojo abierto y otro cerrado. Esa es una técnica que me ayuda a reconocer que no hay ninguna diferencia entre este sueño y la realidad que evoco y el paisaje que me rodea.

La mesa bajo mis manos es ovalada. El mantel se despliega ante mí como un ramillete de flores secas aplastadas en un libro de poemas. El salero me dice que la sazón de la vida es implantada a gusto.

Tengo a mi lado tres sillas vacías y el umbral de amplitud excesiva que divide el comedor de la cocina me alerta a la posibilidad del tránsito de un lugar a otro pero como estoy dormido, lo único que hago es fijar la imagen de mi sueño en el punto más lejano del cuarto aledaño.

Con la mirada clavada en el armario que se erige impecable desde el piso de la cocina hasta el punto medio de la pared de la cual se reclina, pienso que la mejor manera de recrear el amor que sentí por Maritza y por Cristina es prestándole atención especial a todas las coincidencias entre lo que viví con ellas y lo que ahora, dormido, recuerdo.

La bañera donde con Maritza perdí la virginidad. El hotel oscuro donde se lo metí a Cristina por primera vez. El abandono de Maritza de su marido para estar conmigo; y aquí los senderos se bifurcan: el abandono en que me dejó Cristina por temor a romper con su marido. Desde entonces canto tres canciones de manera obsesiva: *Como un Huracán* de Rubén Blades, *Olvidame* de Roberto Cole, y *La Promesa* de Lila Downs. Ah, pero a fin de cuentas, en ambos casos sucedió lo mismo. Terminé abandonado por las dos.

Han pasado seis años.

El sueño persiste y la realidad se encoge, quedando como una versión pequeña del sueño.

Son la misma cosa y no encuentro como inyectarle a este sueño una dosis de repulsión. Hacerlo me ayudaría a romper la burbuja del idilio que tuve con Maritza y con Cristina.

Necesito algo que me ayude a distinguirlo de las cosas que Cristina y yo hicimos durante el romance que nos mantuvo en suspenso y agonía desde el primer día en que la ví y la tarde en que me abandonó diciéndome que no podía vivir sin mí.

El reconocimiento de Maritza en la presencia de Cristina no me ayuda. La repetición me corta las venas. Ese pareo me alucina pero también me aclara que si la vida es lo mismo que un sueño en algún momento la angustia de los dos llegará a su fin.

Y por eso, al igual que en un sueño, después del ajetreo y la confusión que me han consumido durante los pasados seis años, la niebla que percibo en el umbral entre el comedor en el que escribo y la cocina aladaña, se disipa con la entrada discreta de los rayos del sol. No despierto pues eso sería un cliché.

Justo en ese momento termino de leer la aseveración sobre la simetría entre la realidad y el sueño, y me dispongo a preparar una taza de café, reconociendo que lo que viví con Cristina durante los últimos seis años fue real aunque lo recuerde como un sueño y continúe siendo un secreto.